



LA EDUCACIÓN INTERIOR

DE UNA ADORATRIZ

LA educación interior de una adoratriz consiste en aprender á vivir interiormente y á pensar, hablar y conversar con nuestro Señor. Primero se enseña á los niños á que piensen con exactitud, y luego á expresarse bien. Requiere-se una especie de elección en el lenguaje, cierta delicadeza; no todos saben hablar y se necesita alguna educación para sostener una conversación.—Pues todavía es mucho más cierto esto en cuanto á la vida interior, en cuanto á la vida con nuestro Señor.

Cuando no se tiene una vocación muy decidida, y desconoce uno su principal inclinación y su gracia de vida, se piensa poco, y en algunos casos, nada; tiénese una piedad indefinida y meramente exterior, que sólo consiste en prácticas. Es muy frecuente hallar personas piadosas que por lo común no piensan con un pensamiento sobrenatural, religioso, divino; su vida es un círculo del cual no salen. Hanse acostumbrado á ella y siguen el movimiento de sus ejercicios piadosos; pero sus corazones carecen de vida de expansión; no tienen esa vida del alma que abra-

sa, que de continuo asciende hacia nuevos sacrificios, en alas siempre de motivos nuevos; la ciencia interior de ellas no va más allá del centro de las prácticas en que viven.

Suma desgracia fuera para adoratrices de profesión el no haber pasado de ese punto; porque un alma religiosa debe incesantemente aspirar á mayor perfección; sólo progresa cuando se enseña á conversar mejor con Dios y de continuo recibe un alimento interior suficiente para renovar y aumentar sus fuerzas sobrenaturales.

Colocad en la situación que se os antoje, cualquiera que sea, á un alma que piense y sepa reflexionar, y nada tendrá que temer.—Ahora bien; vuestra vocación os obliga á esta vida interior, á esta vida íntima en que os bastéis para conversar con nuestro Señor en vosotras.

También nosotros, desgraciadamente, podemos habituarnos á nuestro estado, concretarnos á efectuar materialmente sus santas prácticas, y á tener el triste talento de llevar una vida exterior y personal en medio de las gracias de la vida eucarística. ¡Qué desventura! ¡Cuántos tesoros de gracias perdidos!

A fin de evitar esto, habituaos á pensar bien; sean vuestros pensamientos é intenciones muy limpios y perfectamente caracterizados; renovadlos con frecuencia, y que siempre sean para nuestro Señor, por nuestro Señor y con nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Hay que llegar al término de pensar en todo por la Sagrada Eucaristía, á la cual reducid todos vuestros pensamientos, para que en ella tomen vida y allí vayan á parar; ya tenéis la gracia que corresponde á esto que informa el servicio interior que

habéis de prestar y que constituye una necesidad para vosotras. Porque, decidme, si esto falta, ¿cómo adoraréis en espíritu y en verdad? En tal caso seríais solamente un cuerpo, una máquina de adoración, movida por el resorte de la regla exterior; cuando lo que desea nuestro Señor es un servicio actual é incesante de todo vuestro ser, y gusta mucho más de este servicio interior que del otro, que es tan sólo una corteza.

Es preciso conseguir que toda vuestra vida reciba su unidad del pensamiento de la Eucaristía, que contiene íntegramente á nuestro Señor: su vida pasada, que preparaba la Eucaristía; su vida presente, que discurre á vuestra vista y cuyas virtudes veis; su vida futura, que no será sino la extensión gloriosa y ya sin velo del sacrificio eucarístico.—Mirad, pues, á nuestro Señor viviendo su vida de amor en el Santísimo Sacramento, donde aplica el amor de todos sus misterios y virtudes. La Eucaristía es de todas las festividades y de todos los días del año; nada cabe recordar de que ella no sea viviente recordatorio; en la Eucaristía celebramos el amor permanente de nuestro Señor, su amor actual y viviente hasta el fin del mundo: toda la religión, sus misterios y sus fiestas, sus gracias y sus virtudes, lo mismo que sus deberes, vivificados se hallan por el amor de la Eucaristía, de donde sacan su vida y su gracia.

Nada debéis amar sino en la Eucaristía y á causa de sus relaciones con ella, que en todo debe ser vuestro amor final, sin que debáis amar cosa alguna sino por causa de ella.

Se piensa como se ama; de modo que si amáis á nuestro Señor, pensaréis en Él espontáneamente,

sin esfuerzo; le encontraréis en todo y dondequiera, y no veréis sino á él; con el bien entendido de que esta ciencia vale más que todos los libros, á los cuales reemplaza, aunque para esto se requiere tenerla con toda verdad en el corazón, pues el pensamiento habitual sigue al afecto y á él se adhiere naturalísimamente.

Cosa muy triste sería el que fueseis de esas almas que sólo piensan en nuestro Señor cuando las azota ¡Oh! No le obliguéis á que os mande penas y tentaciones para precisaros á que penséis en él; que no sea el demonio quien os fuerce á recurrir á Dios, sino la necesidad y el fervor de vuestro corazón de hijas y adoratrices.

Mirad á los Apóstoles en el lago de Tiberíades; habían dejado en un extremo de la barca á nuestro Señor, y con hablar acaso de sus redes y de su pesca, habíanse olvidado de su divino Maestro. El cual entonces suscitó una tempestad, y los discípulos, aterrados, corrieron hacia él, diciendo: «¡Sálvanos, que perecemos!»

No obremos de esta manera; no aguardemos á que el interés ó el castigo nos impelan hacia nuestro Señor, sino vivamos en conversación habitual con él: como le amemos, sabremos pensar en él.

¡Formemos nuestra divina novela!—Pero no; pues aunque esta comparación expresa bien mi pensamiento, es demasiado humana; mas sí os diré que amemos apasionadamente, y de continuo pensemos en el objeto de nuestro amor; le veremos en todas partes, y trabajaremos únicamente por agradarle: ¡es menester que nos perdamos en Jesús!

Aprended, por consiguiente, á pensar en nuestro Señor y tomadle donde está para vosotras, no en el

cielo, sino en el Santísimo Sacramento. El cual sea vuestro sol que alumbre toda vuestra vida; permaneced de continuo bajo sus rayos y nada se ponga fuera del alcance de su luz y benéfico calor, porque Él nos hace partícipes de todos sus rayos, y al contrario del sol material, que nos deja en tinieblas para irse á iluminar el otro hemisferio, la Eucaristía condensa en sí todos sus divinos rayos y sin interrupción nos los presenta: al Oriente tenéis su nacimiento, al Mediodía Nazaret, el Calvario al Norte y al Poniente el sepulcro; seguidle en todos los estados en que os coloca, id adonde os envía y en todas partes le hallaréis: *Nec est qui se abscondat a calore ejus.*

Deseo que en vuestro amor consista vuestra ciencia de adoración: cuando vais á adorar, no comencéis por los libros; pensad por vuestra cuenta y pedid á vuestro divino Maestro que os instruya. Tened la seguridad de que una adoración efectuada por vuestra propia debilidad, con todas vuestras miserias, vale más que cuanto toméis prestado de los libros, porque aquello os pertenece.

Los libros son excelentes para ayudarnos cuando el ánimo está de tal manera desviado ó impotente, que nada se puede obtener de él; pero en el estado ordinario de nuestra vida no recurráis con tanta facilidad á dicho medio, pues en realidad las más de las veces se coge un libro porque se carece de valor para soportar las sequedades y los sinsabores.

Adorad ni más ni menos que con vuestro corazón y sabed que el amor es la verdadera ciencia de la adoración.

Se observa que Dios muchas veces hace á la men-

te incapaz de razonar y reflexionar. ¿Por qué? Porque somos naturalmente grandes habladores y quisiéramos estar siempre hablando con él; por eso Dios, suma bondad, cierra nuestra mente y parece que nos dice: «Entra en tu corazón.»

Si entonces, en vez de razonar, de buscar en nuestro espíritu medios y explicaciones, decimos sencillamente: «Dios mío, ofrézcoos mi miseria, mi sequedad, en una palabra, todo lo que soy, un abismo de miseria,» ¡oh! conmovemos el Corazón de Dios, que ya puede decir: «He aquí un alma que me ama más que á su gusto y que á la dulzura de mis gracias.»

Por consiguiente, amad y pensad, pues en esto consiste toda la vida interior.—Si aprendéis á pensar, si tenéis el valor de pensar con perseverancia en nuestro Señor y de conversar con Él, no solamente en el reclinatorio, sino en vuestros cargos y en vuestra celda, ¡oh! á buen seguro que nunca habréis tenido gusto que á éste pueda compararse. Entonces se sueña á Dios, se le ama en todo y por todas partes; el alma levántase hacia él reposadamente, sin esfuerzo, porque en él está siempre fijo el pensamiento, y no parece sino que se cierne sin que nunca más se vea el latido de sus alas.

Admitido está como un principio el que siempre se halla una palabra para expresar el propio pensamiento, cuando éste es claro y se ha comprendido bien interiormente, y de igual modo se dice que también se conserva perfectamente lo que se comprende bien. Por eso, como améis, manifestaréis á la bondad de Dios el sentimiento de vuestra alma, y acertaréis á expresarlo debidamente; veréis cómo entonces serán siempre nuevas vuestras adoracio-

nes, porque el amor es llama siempre nueva. Hay que llegar hasta ese punto, porque eso sólo es vivir y todo lo demás no es sino morir en sí mismo. Buenos y hermosos instantes son los que entonces discurren; entonces es cuando se ama á Dios, suma bondad, como hay que amarle para vivir la vida interior mediante la verdad, la caridad y la unión con Él de los pensamientos, del corazón y de la vida.





EL ESPIRITU DE LOS VOTOS
Y DEL DON DE SÍ MISMO

I

EL primer don de amor que una sierva del Santísimo Sacramento debe presentar á su divino Dueño, es la obediencia, que es la virtud constitutiva de su estado: bien lo significa el nombre.

Amaréis, por lo tanto, la obediencia, que os hace verdaderas religiosas de Jesús; nada temeréis tanto como el ser en vuestras acciones privadas de la gracia y del mérito de la obediencia; es menester que ante todo, si os preguntan qué es lo que hacéis, podáis contestar:—Estoy obedeciendo por amor.

Vuestro voto os obliga á cumplir fielmente todo lo que la obediencia os prescribirá, á saber: las constituciones en lo que tienen de preceptivo para toda la Comunidad ó para cada una en su particular empleo; el Reglamento de los ejercicios comunes; las órdenes positivas, ya generales, ya singulares, dadas por los Superiores.

Pero la mejor obediencia es la que el amor inspira y la virtud realiza alegremente.

Reside la perfección de la obediencia en la sencillez del amor: tal es la obediencia del niño. Por lo tanto, al obedecer, una sola cosa habéis de buscar: la voluntad de Dios ó su agrado, pues todo lo que Dios quiere es bueno, todo lo que ama es santo, todo lo que desea es para nuestro mayor bien: aquí tenéis toda la ciencia de los verdaderos hijos de Dios.

Por consiguiente, no obedecáis á vuestros Superiores porque son buenos, piadosos ó sabios, porque esto fuera obedecer á la criatura; una obediencia natural sin provecho para el cielo.

Nunca obedecáis por temor humano á la persona ó á la reprensión, pues esto sería obedecer como bruto privado de razón; obediencia humillante y digna, todo lo más, de una esclava.

Sino obedeced á Dios que os manda por medio de una criatura á quien ha investido de su autoridad y que no es más que una bocina, un mandatario divino.—No os manda Dios por sí mismo, á fin de experimentar vuestra fe y humillar vuestro amor propio; pero la orden viene de Él.

Obedeced por amor á Jesús, por su gloria, para honrar la obediencia de su vida y de su cruz, y sobre todo para glorificar su obediencia eucarística, mucho mayor todavía.

¡Cuán admirable es esta obediencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento! Es ingloriosa y su perfección está velada. Casi siempre está sin honor, porque ¿quién es el que, aun cristiano y hasta piadoso, piensa en el mundo en ella? Está humillada, porque aun á sacrilegos, apóstatas y seres abominables

obedece: así lo quiso la ley de su amor. Es perpetua: pues por su estado sacramental púsose bajo la tutela y dependencia del hombre, del cual se hizo prisionero por amor.—¡Ahí tenéis á vuestro Señor, que, para hacer que amaseis la obediencia, obedece hasta en su estado de gloria y de realeza!

Así, pues, sea vuestra obediencia pronta como la del ángel cuando Dios le llama, como la de Jesús cuando el sacerdote le consagra; y sea alegre como el don de un amor que es generoso.

Mucho se os honra con mandaros en nombre de Dios; mucho bien se os desea asimismo con esto, porque se os coloca en la virtud peculiar de Jesús Sacramentado, y también se os enriquece, porque vuestra vida se convierte en una victoria no interrumpida, como asegura el Espíritu Santo; por consiguiente, obedeced por amor, de corazón, con la mente y la voluntad.

II

Al consagraros á Dios por el voto de la castidad os comprometisteis á no tener otro Esposo que el Rey de la pureza, para más perfectamente dedicaros á su divino servicio, y por aquel mismo hecho os divorciasteis eternamente del mundo, de sus placeres y vanidades, sin querer en adelante agradar sino á Jesucristo, y sólo á él amar sumamente.

¡Hermosa virtud es esta, y muy gloriosa corona! Con todo, no améis la santa pureza únicamente porque os hermana con los ángeles y os embellece y adorna en el concepto divino, pues esto sería amarla en consideración á vosotras mismas; sino que habéis de amar esta hermosa flor porque agrada

al Sumo Rey, porque es encanto de su amor y le honra en su misma esencia, puesto que es el Dios tres veces santo y la santidad es la pureza.

Para su amor sed también tres veces puras: puras en vuestro cuerpo, porque es templo vivo de la Trinidad Santísima; puras en vuestra mente, porque es espejo en que Dios quiere que se reflejen, así su verdad como su bondad; puras en vuestro corazón, porque es el santuario en que reside vuestro Esposo.—¡Vosotras sois el cielo de Dios! ¡Así, pues, que nada manchado éntre en él ni permanezca un momento!

Por único dote vuestro celestial Esposo os pide la santa pureza; ésta es el traje nupcial, y vuestro voto es el anillo divino de vuestra alianza con Jesús.

Sed, por consiguiente, así como de vuestro servicio, santamente celosas del honor de vuestra vocación, que por completo estriba en la virginidad.

Mas notad que la santa pureza, como el lirio del desierto, crece en medio de las espinas; guardadla cuidadosamente, rodeándoos de las espinas de la modestia y de la mortificación, y, á semejanza del lirio que vuelve hacia el cielo su cáliz tan puro, nunca miréis á la tierra, sino al cielo. Es tan delicada esa reina de las flores, que tocarla es marchitarla; su blancura es sin igual y no brilla sino al sol; obscuro y sin hermosura es el tallo de esa flor que todo lo reconcentra en su esplendente corona: de igual manera, todas vuestras virtudes sean humildes siervas de aquella que atrae las miradas y el amor del gran Rey; el cual sea el único que obtenga la primera y la última mirada de vuestro corazón igual que de vuestra vida.

Hijas de la Reina de las Vírgenes, asemejaos á

vuestra Madre, la cual, por recato y pudor santo, tiembla á vista de un ángel que se presenta en forma humana. Aquella Señora amaba, más que á todo, lo que sabía que en ella era amado de Dios sobre todo lo demás.

¡Acordaos de que en vuestra santa pureza lleváis el honor de vuestra vocación, el deber de vuestro estado, la vida de vuestra madre la Congregación y el reinado de Dios sobre vosotras!

III

Una sierva del Santísimo Sacramento nada debe tener como propio, sino vivir de lo que sus hermanas, contenta con todo y venturosa cuando por alguna privación de lo útil y aun de lo necesario puede decir á nuestro Señor: «Soy pobre por amor vuestro.»

Al entrar en la Congregación, el primer deber y el primer acto de amor consiste en despojarse de todo lo que se tiene, no reservándose para usar sino aquello que la santa obediencia determine, con objeto de librarse de toda solicitud tocante á cosas terrenas y de convertirse en hija de la divina Providencia.

Por la pobreza debéis consideraros como muertas para el mundo, para ya no vivir sino ocultas en Dios con Jesucristo; por consiguiente, nada podéis conservar para vuestras necesidades futuras, ni encargaros del sostenimiento de obras buenas, ni de caridad, ni de limosnas: el mundo ha muerto para vosotras, y vosotras para el mundo.

Amad la santa pobreza de Jesús como á una madre bondadosa, que sin duda cuidará de vosotras y

de nada os dejará carecer, con tal que cordialmente os abandonéis á su providencia. La paz y el gozo del Espíritu Santo son los deliciosos frutos de la pobreza que da al amor sus alas, su alimento á la virtud y su mérito y gloria á toda nuestra vida. Reinando esa pobreza, tórnase grande lo pequeño, precioso lo despreciado, glorioso lo humillante, y lo repugnante delicioso.

No otro es el secreto de los pobres de Jesucristo, que, en efecto, dijo: «Bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios.»

Al desposaros con Jesús, os desposasteis con su estado de pobreza, pues la esposa sigue la condición del esposo, y como Jesús es pobre en su vestido, en su alimento, en su vivienda, en su trabajo, habréis de vivir como él, como su santa Madre vivía y como su amable padre San José, los cuales eran felices con su pobreza, á la vez que el cielo admiraba á un Dios convertido en pobre por amor al hombre, con intento de enseñarle el precio de la pobreza.

Mas sobre todo admiraréis é imitaréis la pobreza que Él practica en el Santísimo Sacramento, pues á pesar de su estado de gloria y poderío, todavía quiere honrar y practicar la amable pobreza, para que tengamos siempre á la vista la gracia y el modelo de ella.

Es cierto que la pobreza en cuanto á las cosas temporales basta para satisfacer al rigor del voto; pero hay que tender á la pobreza espiritual como al punto más excelso de la virtud, y á un límite postrero de la santidad.

No es otra cosa la pobreza espiritual sino el alma de la verdadera humildad, el amor perfecto, el más excelente medio para la gloria de Dios; pues

cuanto más se abate en su nada el pobre de espíritu, más honra á Dios, su Creador, reconociendo que el ser, su vida, sus dones y sus gracias, todo procede de Él y le pertenece en propiedad absoluta.

Si Dios tiene á bien hacer que sintáis vuestra pobreza y su poder de Dueño absoluto, paralizando vuestra inteligencia, secando vuestro corazón, quitándoos la dulzura de su gracia y la paz de su servicio, y así desposeídas, entregándoos á las tempestades de las pasiones, á los furros de los demonios, apartándoos de todo auxilio terreno y hasta ocultándose Él mismo, ¡oh! dadle entonces gracias, y reconoced que no tenéis todavía lo que habéis merecido; descended, y en la desnuda y absoluta pobreza adorad á Dios: así le glorificaréis más que con todas las obras de superior magnificencia.

IV

A estos tres votos hay que agregar la consagración eucarística de vuestra personalidad, ó el don de vosotras mismas, que es el fin y la perfección de vuestra vocación.

El alma de este don es la donación entera y sin restricción de todo vuestro ser al servicio y á la gloria del Dios de la Eucaristía, como verdadera y afortunada sierva suya, que por ser quien es, quiere amarle, sin buscar ganancia alguna fuera de Él y de su mejor servicio, ni otra dicha que la de verle conocido, amado y servido de todos.

Amad este don eucarístico como se ama la vida; porque si sois religiosas por los votos de pobreza, castidad y obediencia, ese don eucarístico os hace practicarlos con el espíritu propio de vuestra

vocación de siervas del Santísimo Sacramento: como que es la savia y la forma de los otros votos. Este don ofrece y sacrifica el mérito y la gloria de todos sus actos á vuestro único Señor: es el fuego del holocausto que consume en Dios á la víctima completa; es la feliz cadena que os liga y sujeta interiormente al trono del divino Cordero; os vuelve cosa suya, órgano y miembro suyo; y gracias á él, Jesús llega á ser el único principio que debe hacer os pensar, querer y obrar, único fin de vuestros actos, méritos y sufrimientos: ¡qué misión tan admirable! ¡Cuán cerca os pone de Jesús en la sagrada Hostia! Pero ¿qué digo? ¡Si de Él y de vosotras forma una sola é idéntica víctima, una sola persona meritoria!

Pero habéis de pensar también que os obliga á un servicio más perfecto, á más grande amor, á más generosa abnegación: pues nobleza obliga, y hay que entregar á nuestro Señor todos los intereses del capital riquísimo que á vosotras confiara.

¿Y en qué reconoceréis que servís verdaderamente á Jesús?—En la buena voluntad que marcha siempre, en el constante deseo de obrar mejor, en el santo júbilo del alma, en su paz en la vocación, sin desear otra cosa fuera de amar y servir mejor á vuestro Dios y Señor, en el hambre y en la sed espiritual de su mayor gloria.

Vuestro servicio es el de adoración de la divina persona de nuestro Señor; es, por consiguiente, lo más perfecto que tiene en sí; es vida y servicio de inmolación á Dios; es menester inmolarse perpetuamente. Estad atentas aun al menor servicio, pues Dios está en todas partes, y por doquiera hay que servirle con la misma dependencia y con igual

abnegación. No es su apariencia lo que forma la perfección de una cosa, sino el amor con que se hace. Por lo tanto, servidle en todas partes.

Jesús en su tabernáculo es nuestro amigo; sobre el altar, nuestra víctima; pero en su trono es el Rey del cielo y de la tierra.

De modo que vuestras gracias, virtudes y buenas obras no os pertenecen, pues todo cuanto aquí hacéis es para vuestro Señor. Con qué no trabajéis para vosotras: matad é inmolad vuestra personalidad de Adán y poniendo en lugar de ella á nuestro Señor, decid en seguida: «No soy yo quien vivo, sino Cristo vive en mí.»—Si para vosotras servís á nuestro Señor, desnaturalizáis su gracia, la quebrantáis; pues la gracia de Dios es de Dios y nada os pertenece; todo es suyo; el corazón, la mente, el cuerpo, el tiempo: todo lo quiere; y puesto que resolvisteis serle fieles, nada le defraudéis, y cuando todo esto hubiereis hecho, decid todavía: «¡Sierva inútil soy!»

Mas no es suficiente el vivir para Jesús y darle y consagrarle todo cuanto se tiene y todo cuanto uno es, sino que además hay que vivir de Jesús, de su vida eucarística, ya que Jesús está vivo en su estado sacramental, donde tiene una vida propia de la Eucaristía.—¿Qué vida es ésta?

Una vida de muerte.—Mirad cómo Jesús está muerto para todo lo que hay en el mundo, para sus bienes lo mismo que para sus placeres; con nadie tiene relaciones naturales, y ni habla el lenguaje de los hombres, ni quiere al menos que le vean su hermoso semblante de Salvador, sus ojos dulcísimos de Padre, ni tampoco que su cuerpo sea accesible á nuestros sentidos, por más que en sí mismo es hom-

bre completo, que vive con todos sus miembros y órganos humanos: quiere estar vivo, pero en un estado de muerte.

Estad, á semejanza de vuestro buen Señor, muertas para el mundo, y sólo una cosa queráis: no ser conocidas ni amadas sino de Dios únicamente.— Para lo cual vivid de su vida sacramental, reproducidla en vosotras, ocultando vuestras buenas obras, virtudes y cualidades naturales, lo mismo que vuestros dones sobrenaturales.

En Jesús Sacramentado ved las virtudes que debéis practicar, apropiáoslas y completadlas en vosotras.—Si; las virtudes eucarísticas de Jesús son incompletas en el sentido de que ya no puede efectuar actos meritorios referentes á ellas, de las cuales tan sólo toma el estado; por manera que su cuerpo no puede ya dar á la virtud de mortificación la vida de sufrimiento con que se alimenta, puesto que está glorioso é impasible; la humillación tampoco puede abatirle para hacerle practicar la humildad meritoria; ya el sacrificio real no puede inmolar su vida y derramar su sangre; su corazón ama, pero no experimenta los dolores del amor como en el jardín de los Olivos; su caridad abre el seno de la misericordia á todos los desgraciados, pero hay que traerle los pecadores, pues no puede ir, como otras veces, en seguimiento de ellos; ruega por nosotros al Padre, mostrándole sus sagradas heridas; mas éstas ahora están glorificadas y luminosas y ya no vierten aquella sangre que subía hacia Dios como el clamor y perfume del amor que todo lo reparaba.

Con que entonces ¿qué es lo que falta á Jesús? Que le completéis, que le déis un corazón que pueda entristecerse, un cuerpo que padezca; para salvar y

reparar tiene necesidad de vuestros dolores, de vuestra sangre y pasión.

Mortificándose San Pablo, decía: «Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo.» ¡Ah! ¿Cómo así?—Porque el sufrimiento y el sacrificio me asocian y unen á los méritos infinitos de los sufrimientos del Salvador.

He aquí á lo que el don de vuestra personalidad os compromete: á ser los miembros, la naturaleza meritoria, obediente y paciente de Jesús, que la ofrecerá á su Padre en sacrificio para su gloria y por la salvación de las almas é intereses de su Iglesia.

Por consiguiente, vivid de Jesús para Jesús, no como el jornalero mercenario que quiere su recompensa después de cada día de trabajo, no como sirvienta asalariada que durante algún tiempo sirve para formarse después una posición independiente; servid á Jesús sin sueldo, sin días libres ni de descanso, sin consuelo ni gloria; servidle por Él mismo como el cirio que arde y se consume delante de la sagrada Hostia, sin ruido ni interrupción, sin que en pos de sí deje siquiera cenizas.

